

MATILDE, ESA SOY YO

Había una vez una hoja, no de cuaderno, no de libro y por supuesto de ninguna carpeta; una hoja no Laprida ni Gloria. Esta era una hoja juguetona, marroncita y grandota, una especial y linda, y aunque parezca poco humilde, esa hoja soy yo.

Me llamo Matilde, recuerdo muy bien quién me puso ese nombre, fue una niña chiquitita que por casualidad me encontró en la plaza y me llamó igual que a su muñeca de cabellos rosados y muchos bucles.

Mi vida es muy libre, voy y vengo adonde el viento me lleve, cuando sopla fuerte, mi mundo se va lejos, lejos; pero a veces es una suave brisa y cuando es así me muevo poquito y no alcanzo a despegar del suelo. Entre nosotros, te cuento que me gustan los grandes torbellinos, porque esos me impulsan a volar como los pájaros, alto, muy alto y cuando es así disfruto mirando la ciudad y veo sus casas, sus calles, las personas muy despeinadas y me da risa ver sus caras de preocupación porque un mechón de cabello se fue para allá, otro para acá y dominarlos parece ser un inconveniente muy serio.

Hace mucho tiempo, no era tan libre como ahora, eso fue cuando estaba prendida de una rama de un impenetrable árbol gigante de la plaza de un diminuto pero hermoso pueblo, allí diría que empezó mi existencia. Y como pasa siempre o casi siempre, yo quería crecer, salir a recorrer lo que las aves me contaban que se llamaba mundo, ¡qué palabra más enorme me parecía!

Pero no siempre las cosas suceden cuando uno quiere y allí hay que poner en juego lo que los grandes llaman paciencia y la verdad que yo la tuve, pues crecía y crecía, pasaban los inviernos, las primaveras, los veranos y toditos los otoños y yo ahí, apretada a la rama, parecía que la madre naturaleza no quería soltarme.

Pero un día, uno de esos de vientos fuertes, se dio lo que tanto esperaba. Yo ayudé al viento, pobre, solo no podía y ahí me di cuenta de lo importante que era el trabajo en equipo, pues él soplabla, soplabla, y yo me movía con todas mis fuerzas hasta que en un momento, ¡Zas... volé! ¡Qué linda sensación, me gustó mucho!

También me dio tristeza porque soy hoja, pero tengo muchos sentimientos; ver desde lejos y sin una despedida previa ese árbol que tanto me había cobijado, hizo que la nostalgia atravesara de lado a lado mis nervaduras, pero al ratito el aire que daba delicadamente sobre mi frágil cuerpo me hizo olvidar todo y empecé a disfrutar de lo que tanto había esperado.

Observar desde lejos, desde bien arriba, me permitió percibir desde otra perspectiva. El cielo parecía más celeste que nunca bailando armoniosamente con las nubes traviesas que se escondían detrás de un rayito de sol y el polvo levantado por el viento, desde allí, me pareció mágico cuando la luz lo atravesó y lo invisible quedó al descubierto detrás de una gigante arboleda de tonalidades color sepia.

Y como un gran aeroplano, en algún momento bajé acariciando el piso. Mi vestido ocre con algunas manchitas oscuras imperceptibles, se bañó con el rocío de la mañana y fue lindo, lindo; otra sensación que mi cuerpo de hoja acababa de descubrir.

También casi sin darme cuenta estaba en la bonita plaza de esa ciudad inmensa y no estaba sola, lo percaté cuando mirando de reojo pude advertir que había muchas hojas como yo, algunas eran enormes y otras pequeñas, de todos los colores, algunas se sonrojaron cuando les hablé y otras me saludaron en ese instante en el que las palomas impetuosas decidieron refrescarse en la fuente pintada de naranja.

Mi fascinación con esta autonomía llegó cuando ella, con sus trenzas hasta la cintura y su guardapolvo amarillo con bolsillos a cuadrillé, me encontró casualmente. Me levantó, me miró asombrada y le dijo a su muñeca de cabellos de lana rosa, que nunca antes había visto una hojita tan hermosa y luego me puso un nombre: Matilde, dijo despacito, tiene cara de Matilde como vos le dijo a su muñeca y yo me sentí tan contenta, ya no era cualquier hoja, como tantas, ahora era original y única por eso.

Después me devolvió al piso suavemente y se fue corriendo. Yo la volví a ver durante un tiempo, ella a mí no, pues mi presencia se confundía sin querer con otras como yo.

Y así finaliza por ahora mi historia, la de una hoja marroncita, grandota y revoltosa, que tiene un nombre y que eligió vivir libre como el viento, su gran compinche en las aventuras de casi todos sus días.